

DISCURSO  
PRONUNCIADO POR EL  
C. LIC. RAMON TREVINO,  
EN EL TEATRO DEL PROGRESO,  
LA NOCHE DEL 15 DE SETIEMBRE  
DE 1867.

MONTEREY.

IMPRESA DEL GOBIERNO,  
*á cargo de Viviano Flores.*

1867.

*Dr. D. Arnaldo Novas*



## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL C. LIC. RAMON TREVIÑO, EN EL TEATRO  
DEL PROGRESO, LA NOCHE DEL 15 DE SETIEMBRE DE 1867.

CONCIUDADANOS.

Difícil y muy delicada es la posición en que me encuentro, estando seguro, de no llenar debidamente la honrosa comisión con que se me distinguió para un acto tan solemne. Empresa es esta para mejores capacidades, para inteligencias superiores; pero en medio del arrobamiento natural de que me hallo poseído, recuerdo que se trata de cantar las glorias de mi querida patria, de la infortunada México, que hoy orgullosa se distingue entre las Naciones del globo, y me siento con ánimo para procurar cumplir con ese encargo que se me hiciera, porque siempre es dulce y satisfactorio espresar, aunque en desaliñados conceptos, las proesas de los grandes hombres del suelo natal, contando siempre con que disimulareis lo poco correcto de mi lenguaje y la falta de gracia en mi espresión. En esta confianza, puedo ocuparme ya de referir, aunque á grandes rasgos, algo de la historia de la insurrección de México, que tuvo principio el memorable 15 de Setiembre de 1810 en el pueblo de Dolores y terminó el glorioso 27 de Setiembre de 1821 con la grandiosa obra de nuestra emancipación política.

No os fastidiaré CC. con contar uno por uno los hechos memorables de aquella gigante revolución, cuando tantos ilustres oradores os han hablado de ellos con todos sus brillantes episodios, con todas sus admirables circunstancias, muy en general recordaré algunos de los mas notables, evocando de sus tumbas los manes sagrados de nuestros héroes, para que dando una mirada á la presente generación, vean que tuvieron decendientes, que supieron seguir fielmente su ejemplo y que recordando aquel famoso principio, de que un pueblo que quiere ser libre lo consigue impresindiblemente, pudieron reconquistar nuestra independencia y nuestra soberanía, arrebatadas por uno de los soberanos mas poderosos, pero tambien uno de los mas pérfidos del mundo civilizado.

Bien sabeis CC, que México, la gran Tenoxtitlan, recibiendo el rudo golpe de Hernan Certés el año de 1521, quedó formando una colonia y una colonia tributaria de la corona de España, sus hijos vieron arder sus bibliotecas incendiadas por el ciego fanatismo del conquistador, y solo quedaron aquellos famosos monumentos, que aun la guadaña implacable de los tiempos ha

sabido respetar para demostrar al mundo, que los habitantes de este fértil suelo no eran tan inciviles como gratuitamente se les quiso suponer.

México era gobernado por un Virey, que cada cinco años era relevado del puesto por otro que mereciera el beneplácito del Soberano de España: sus altos funcionarios y todos los empleos en general estaban al cargo de los Europeos, que por instinto tenían mas afecciones por los de su raza. La inquisicion con sus horrorosas ejecuciones tenía abatido y casi amilanado, si se me permite la espresion, el espíritu de los Mexicanos, que veían con mengua de la humanidad y de la sana razon, levantarse hogueras en los parajes mas públicos para castigar, según se decía, las faltas contra la fé ó contra la persona del Rey, que las juzgaban iguales. Las crecidas contribuciones ó tributos, que pesaban sobre el infeliz indígena y las arbitrariedades sin cuento de que era víctima, hacían imperiosa la necesidad de independerse del trono de los Reyes de España; mas imposible era pensar en semejante idea, cuando era tal el vasallaje, tal la ignorancia á que los naturales estaban condenados y cuando por otra parte era absoluta la falta de elementos de guerra, que estaban únicamente confiados á los milicianos, que servían de escudo al poder bárbaro de los Vireyes.

Así pasaron cerca de tres siglos, sin poder siquiera pronunciar en silencio la palabra mágica de libertad; pero este mal no podía ser tan duradero, el Dios de las Naciones no se olvidó nunca de los pueblos que sufren, como no descuida jamás á los individuos en particular, y á principios de este siglo comenzaron á sentirse movimientos, que indicaban que el yugo de España se sentía muy pesado y que los mexicanos deseaban arrojarlo; mas los pequeños círculos ó clubs en donde se iniciaba esta grandiosa idea, eran facilmente denunciados, porque siempre y en todos tiempos ha habido renegados de su patria por cobardía ó por especulacion, y los que tenían la desgracia de caer en desagrado del Virey, sufrían la medicina saludable del garrote para destruir la herética idea de independencia.

A uno de esos círculos pertenecía el célebre D. Miguel Hidalgo, Cura del pueblo de Dolores en el Estado de Guanajuato, quien burlando la vigilancia del despótico Gobierno Virreinal, se asociaba con Allende y con Aldama para pensar en los males, en las calamidades, que México sufría, buscando el remedio que de raíz hiciera cesar para siempre tan acerbos sufrimientos. La idea era la independencia de México; mas luchaba con insuperables dificultades, que la misma situacion de las cosas hacia invencibles, muy en silencio trabajaba por aquella idea salvadora, llegando hasta hablar á dos ó tres sargentos del Batallón activo de Guanajuato para que le ayudaran en aquella terrible empresa, en la que se proponía nada menos, que combatir por la libertad del pueblo mexicano contra el poder colosal

entonces de la caduca España; pero la irresolucion y cobardía de uno de los comprometidos para la conjuracion, hizo que se descubrieran los proyectos de Hidalgo, habiéndolo comunicado al Corregidor de Querétaro, D. Miguel Dominguez; que aunque sentía simpatías por los independientes, tenía mas al poder del Gobierno de la época y dictó las órdenes correspondientes para la aprehension de los mas grandes hombres, que se distinguieron á principios del Siglo XIX, de Hidalgo, de Allende y de Aldama.

Pero las grandes causas, cuentan siempre con las simpatías de los corazones grandes y magnánimos, y por esto D.<sup>a</sup> Josefa Ortiz, esposa del Corregidor Dominguez, mandó aviso á San Miguel el Grande á Aldama de que habían sido descubiertos y que corrían un riesgo eminente, atendida la bárbara crueldad del poder inquisitorial. Aldama se dirige á Dolores para hacer saber esta noticia al venerable Hidalgo, y la noche del 15 lo despierta de un profundo sueño, en que tal vez su imaginación exaltada descansaba de las fatigas del dia, y junto con Allende entran en consejo. Hidalgo en el acto, afrontándolo todo, se resuelve á saltar á la arena: en compendio forja su plan y se decide por proclamar la INDEPENDENCIA, haciendo notar á sus compañeros, que los autores de esas grandes empresas nunca logran alcanzar el fruto de ellas, y con esa firmeza de carácter, que hará siempre honor al venerable anciano de Dolores, entra desde ese momento en la formidable empresa, que debía mas tarde reivindicar los derechos ultrajados de su pais natal, que debía igualar á los hombres todos, aboliendo las odiosas distinciones, que hacían del mundo un perpetuo carnaval, y sin mes séquito que Allende, Aldama, D. Mariano Hidalgo, D. J. Santos Villa, el Padre Balleza y diez hombres del pueblo dió aquel formidable grito, que hizo estremecer desde sus cimientos los carcomidos troncos de las viejas monarquías de Europa. México es libre, dijo, no quiere por mas tiempo sufrir la oprobiosa dominacion estraña; para gobernarse se basta solo y desprecia desde hoy á sus tutores gratuitos, y desde entonces con una fuerza tan insignificante, pero animado de la ciega fé que tenía en el porvenir, desafia con rostro sereno á los veteranos soldados del Virey Venegas, seguro de salir airoso en la contienda.

Aquellas palabras mágicas de Hidalgo resonaron tan halagadoras á los oídos de los mexicanos todos, como consoladoras son al que yace en el lecho de la muerte, las que le brindan el bálsamo, que le volverá á la vida, é hicieron en el pais de Moctezuma un ruido tan formidable, como el que formaria una cascada monstruo, que serpenteando se desprendiera desde la mas elevada montaña, y como por encanto se formó un ejército respetable de las masas del pueblo, tan quietas y tranquilas antes como las masas olas de un cristalino lago.

En efecto conciudadanos, en menos de ocho dias pudo el Gefe

del pueblo atacar con mas de 50 000 hombres la plaza de Guajuato, que despues de un reñido combate, que cubrió de gloria las armas independientes, probando á la humanidad que la causa del pueblo hace prodigios, cayó en su poder, habiendo quedado los realistas, sepultados debajo de los escombros de los parapetos mismos, que habian construido para defenderse.

En esos momentos en que lá causa de la independendencia hacia esas maravillas propias solo de los pueblos que defienden su autonomia y su existencia política, los dominadores, que veian escaparse de entre sus manos la preciosa perla de Occidente y que con ella concluirían tambien los pechos, los tributos y el vassallaje que los mexicanos prestaban á los Reyes católicos, recurrieron á todos los medios, que pudieran hacer que el pueblo temblara ante la sola idea de emancipacion, sin pararse en que fueran ó no lícitos, querian llegar á afianzar su dominacion y esto era todo lo que les importaba, lo demas lo santificaba el fin, y en este sentido se dieron por el Virey diferentes disposiciones bárbaras poniendo precio á las muy estimables vidas de Hidalgo, de Allende, de Aldama y de todos los demas héroes ante cuyo solo nombre temblaban los tiranos. Los Obispos conminaron con anatemas terribles á Hidalgo y á sus dignos compañeros, y la inquisicion no se quedó muy atras en este respecto, pues puso en juego cuantas censuras se le ocurrieron para hacer de-istir á Hidalgo y para que el pueblo tan sencillo, como era entonces, corriera espantado de las terribles penas, con que aquel santo Tribunal castigaria á los faltos de fé, que hubieran incurrido en la gravísima heregía de creer, que México podia por sí sola formar una entidad política.

Pero nó, lejos de producir los efectos, que el Virey, los Obispos y la inquisicion esperaban alcanzar con sus deprabadas maquinaciones, la causa del pueblo recibia un incremento indecible, á Hidalgo se le unian poblaciones en masa, atraidas solo por la santidad de la causa que defendia, figurando entre sus compañeros de armas hombres muy célebres, por su talento, por su valor y por su probidad, sin que dejaran de contarse entre sus filas, algunos hijos de la Peninsula á quienes solo guiaba la simpatía que tenian á los mexicanos, por que siempre el debil y que sufre inspira la compasion de los corazones generosos.

Así pudo Hidalgo en cerca de dos meses contar mas de 100,000 hombres, sin armas, sin equípos, sin disciplina militar, es cierto, pero amantes de su libertad, que anhelaban que se llegara la hora del combate para sacrificarse en aras de la patria, si de este holocausto habia de resultar la libertad del pueblo mexicano. Almas grandes y generosas, que supisteis anteponer el amor de la patria á los gozes de una vida tranquila: ¿cuánto es debe el pueblo de México!

Los combates, que se empeñaron entre independientes y realistas fueron innumerables, sus resultados unas veces eran favo-

rables y otras adversos, porque no siempre sonreia la fortuna á nuestra causa, pero la consecuencia de ellos, siempre fué una misma, hacer, que se mantuviera sin extinguirse en los pechos mexicanos el fuego sagrado del patriotismo, por que por cada una de las víctimas inmoladas en los combates, se levantaban cien ciudadanos mas que se apresaban á la lucha, debi lo sin duda á que se fecundizaba el arbol santo de la libertad con la sangre inocente de tantas víctimas ilustres, que perecian sin tener otra culpa, que procurar la felicidad de la nacion en donde habian visto la luz primera.

Así es como puede esplicarse que despues de la bárbara y cruel ejecucion cometida en Chihuahua en la persona de Hidalgo y de los mas de los héroes del 15 de Setiembre, que fueron cobardemente entregados en Bajan, por un espurio hijo de México, se levantan tantas voces poderosas pidiendo venganza de la justicia ultrajada y satisfaccion cumplida para nuestro pueblo. Allí está el valeroso Morelos en el sur, aquel génio de la guerra, que formó la célebre escuela de donde salieron los Bravos, familia de héroes sin tacha, Galeana el valiente entre los valientes, Matamoros tan lleno de valor como de luces, Terán el general quizá mas instruido de los independientes y Guerrero que comenzó por dar leños á sus soldados para armarlos despues con los fusiles que se quitaran al enemigo.

La muerte de Hidalgo y de las demas ilustres víctimas, fué el bautismo de sangre para la regeneracion del pais, en él se cumplió la sabia prediccion, que habia hecho á sus compañeros al desafiar á todo el poder de España; pero la causa nacional se salvó, México consiguió su independendencia y en once años trascurridos de 1810 á 1821 nunca se dejó de oír en las ciudades, en los campos, en los desiertos el belicoso ruido de los trenes de guerra y el fuego del cañon que anunciaba al mundo por todas partes, que los mexicanos apreciaban su libertad, que no querian prestar pleito homenaje por mas tiempo, que las víctimas sacrificadas por los tiranos y tantos héroes sin nombre muertos infamemente en los cadalsos ó en el calor de los combates, merecian ser vengadas.

Este era el sentimiento que animaba al pueblo mexicano, todos pensaban de la misma manera, cuando el inmortal D. Agustín de Iturbide el año de 1821 proclamó en Iguala el plan salvador; que debia romper para siempre las pesadas cadenas, que sujetaban á México al Gobierno de la Peninsula Española, y en menos de siete meses, reuniendo la opinion general y un ejército respetable, pudo hacer su entrada triunfal á la Capital de la República, haciendo flamear el pabelon tricolor en el Palacio de Moctezuma, que por 300 años habia saludado el escudo de los leones de España.

¡Gloria y eterna remembranza á los valientes candillos que supieron sacrificarse por darnos libertad é independendencia! ¡Honor

inmarcesible para esas ilustres víctimas sin nombre, para todos los soldados de esa grande revolución, que con tanto heroísmo y con tanta abnegación dieron su vida por la libertad del pueblo mexicano! ¡La Patria en este día solemne derrama lágrimas ardientes en las tumbas de esos hombres insignes!

Mas esas tumbas, cubiertas de negro crespon, símbolo de la melancolía, se ostentan hoy engalanadas con hermosas coronas y preciosísimas guirnaldas con que la victoria premió los esfuerzos de sus valientes hijos, que siguiendo la luminosa huella que dejaron trasada han sabido imitar su heroísmo, sacrificándose por reconquistar la soberanía é independencia nacional, torpemente ultrajada por el déspota Napoleon III, que en un acceso de frenesí juzgó, que México podía ser gobernado á su antojo, recreando su imaginación febricitante con la erección de un trono en el país de Hidalgo y de Morelos. El lo juzgó así y para él esto era una cosa resuelta, mas cuando no faltaron mexicanos renegados, hombres sin corazon, que aplaudiendo la idea le hicieron seguir en su propósito, halagándolo con la facilidad de llevar acabo su empresa. ¡Menguado, cuanto se equivocó y que caro ha pagado su atrevimiento!

El mandó sus legiones numerosas, compuestas de veteranos orgullosos con las medallas adquiridas en Magenta y Solferino. El estableció una monarquía. El cambió por de pronto la faz de la República, despues de correr arroyos de sangre y en ese trono se vió sentarse un ateniense á quien se le hizo creer que era soberano de México ¿pero que consiguió? ¿podria subsistir por mucho tiempo este órden de cosas tan contrario á nuestras instituciones? imposible, mil veces imposible, porque Hidalgo, Morelos, Allende, Aldama, Guerrero y tantos héroes ilustres, dejaron un ejemplo que imitar y desde las tumbas en que descansan, estaban indicando el camino, que debían sus hijos seguir si querian ser libres é independientes, y sus voces fueron tan elocuentes y hablaban de una manera tan persuasiva al corazon, que hicieron levantarse como por encanto á innumerables ciudadanos pacíficos, sin mas ambicion, sin mas esperanza que el defender su autonomía política.

La obra de Napoleon el pequeño no pasó pues de una quimera y una quimera, que facilmente puede precipitarlo de su vacilante trono, que por pedestal tiene ahora la sombra del intruso, que tuvo la candidez de creerlo cuando lo hizo admitir la mendida monarquía de México; pero me distraigo de mi objeto, decía CC., que el ambicioso déspota de Francia quedó burlado en México, por que sus soldados tan aguerridos y disciplinados, tuvieron que huir cobardemente ante el rudo empuje de los CC. armados, que mandaba el inmortal y malogrado General Ignacio Zaragoza.

Este valiente General, rayo de la guerra y pendoroso militar, escribió la primera página gloriosa en nuestra historia de

la segunda independencia. El hizo que México fuera compensado y con usura de sus sufrimientos, porque si al fin cae bajo la presión americana de las bayonetas extranjeras, ya habia dado á la faz del mundo un público testimonio de lo que era capaz y ¡cuántas veces no tiene mas gloria el vencido que el vencedor!

La muerte con su cruda saña arrebató á México su hijo predilecto, mas no por eso debia avanzar el usurpador. La causa del pueblo no estaba perdida. El ejército extranjero, es cierto, que ocupaba los puertos y las principales ciudades, pero en cambio no era dueño mas que del terreno en que descansaban sus bayonetas, el pueblo lo aborrecia en silencio, como se oía al verdugo, y solo prestaba atención á las resonantes voces de Escobedo, de Treviño, de Diaz, de Naraujo, de Régules, de Corona y de tantos ilustres patritas, que no desesperaron nunca del triunfo de la causa nacional y que eran una protesta viva de que los mexicanos, reconociendo el Gobierno legítimo del constante y heróico Juárez, jamás pasarían por la infamia de que su nacionalidad fuera un artículo de comercio, que pudiera negociarse. Tenian dignidad y deseaban sacrificarse por la nacionalidad del país y sus esfuerzos no fueron estériles, pues el pueblo lleno de entusiasmo ardiente y deseoso de librarse de los canibales, que lo vejaban, se agrupó presuroso en derredor de sus banderas y en muy poco tiempo vimos la causa de la independencia prodigiosamente tomar incremento y terminarse de una manera feliz, cosa verdaderamente admirable.

Efectivamente, concudadanos, ¿quién creeria, que en poco mas de un año el pueblo de México, tan agoviado con el férreo yugo de las bayonetas francesas, pudiera levantarse tan alto y tan magestuoso como lo vemos hoy? ¿podia siquiera imaginarse un cambio semejante? pues bien, todo esto se debe al valor y constancia heroicos de sus valientes caudillos, que merecen figurar entre nuestros héroes y cuyos nombres recogerá ávida la historia para escribirlos con letras de oro en el catálogo de los padres de la patria.


La memorable jornada de Querétaro fué la que decidió, despues de tantas brillantes acciones en que se habian cubierto de gloria nuestras armas, la cuestion vital en que se agitaba el país y de que estaba pendiente el mundo entero. Ella fué fecunda en grandes resultados para la República Mexicana, porque espiondo allí en un cadalso su bárbaro atrevimiento el descendiente de los Hamsburgos, el Archiduque de Austria, que tuvo la insensatez de llamarse Emperador de México y con él cayendo tambien las cabezas de los principales aliados, mexicanos de raza y extranjeros de corazon, la causa del pueblo se salvó, nuestra soberanía que quedó reconquistada al mismo tiempo que se dió al mundo una prueba de la justicia nacional.

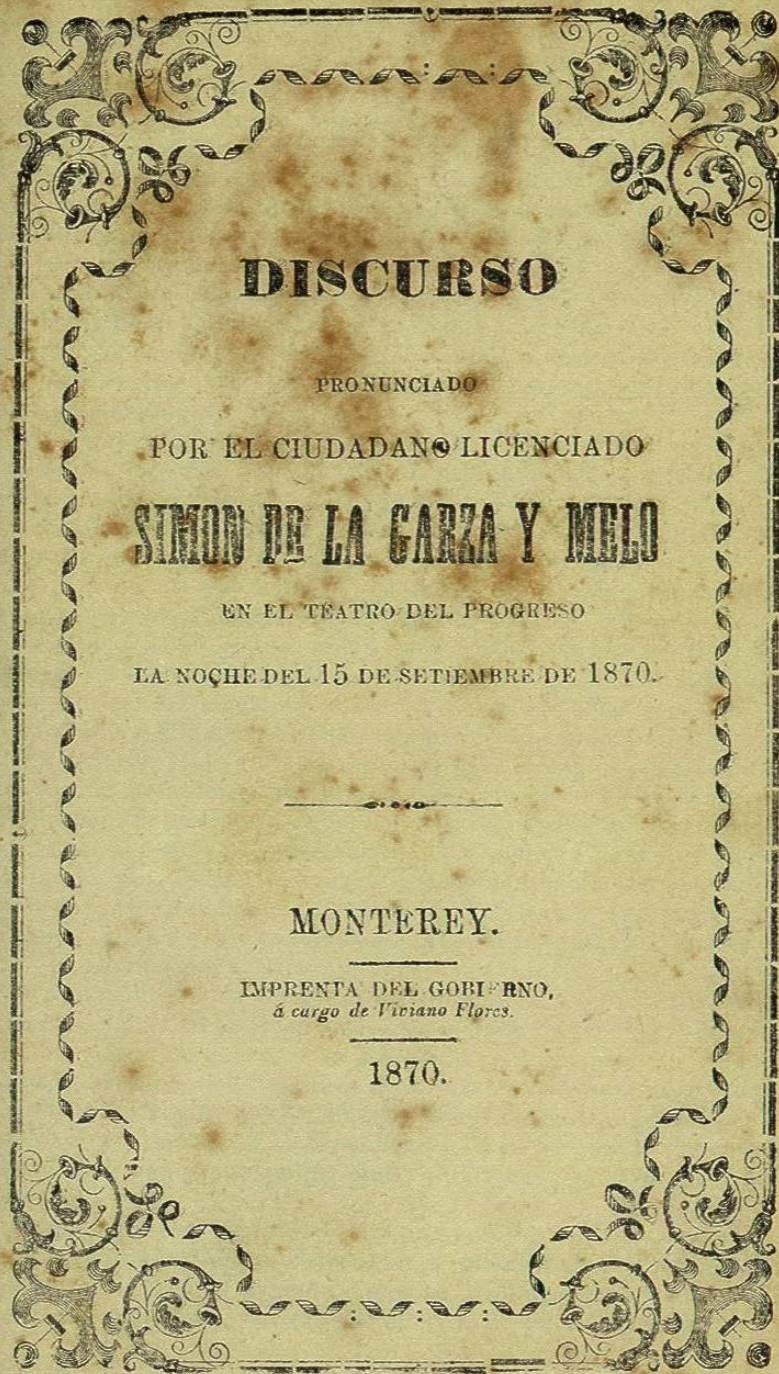
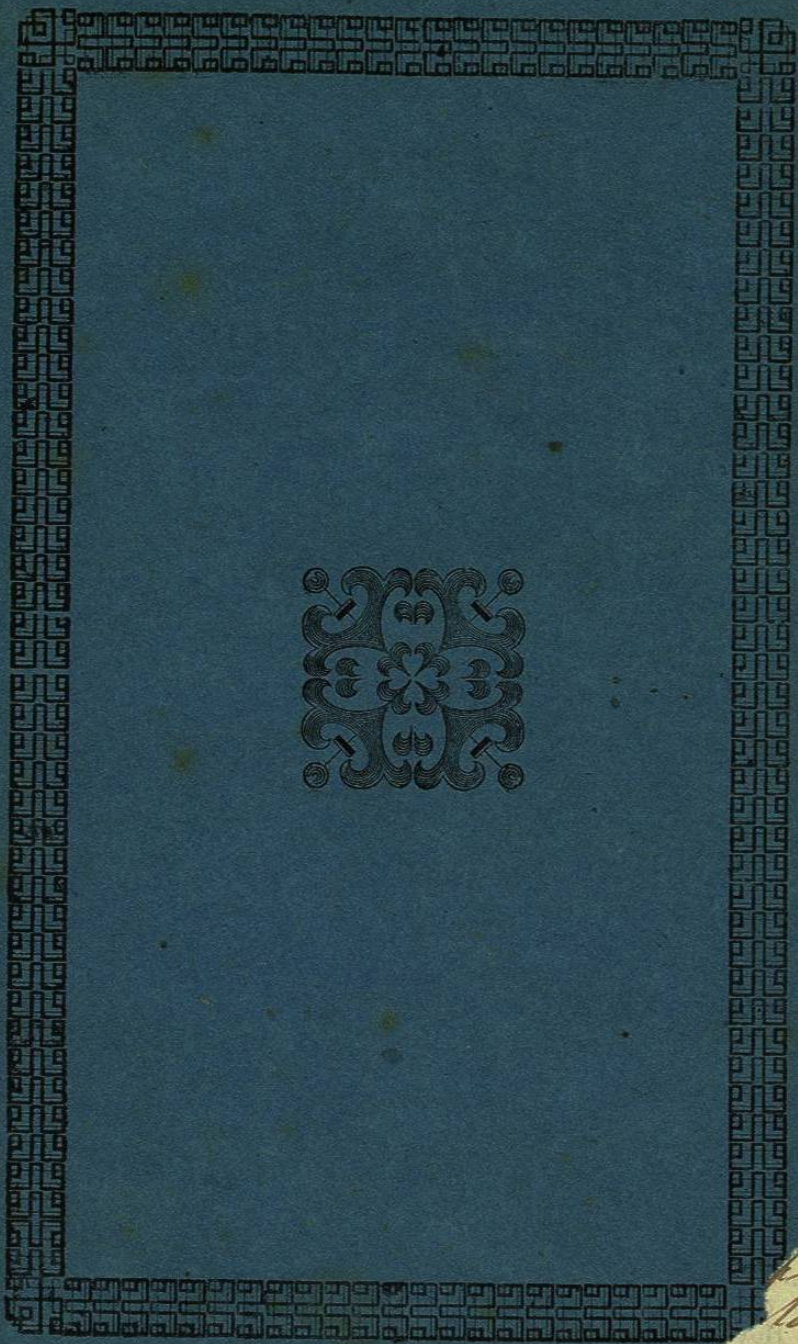
Hoy México puede con orgullo levantar su frente limpia y se-

rena, ya no tiene al cuello el dogal del tirano y el mundo la admira por la constancia y valor de sus hijos, que han sabido defenderla y sacrificarse por ella.

La segunda independencia, es digna de figuraren los anales de la historia á la par que la primera, porque aquella si fué una grande empresa, supuesto que se tuvo que desafiar á todo el poder de España y se luchó y se obtuvo la victoria, hoy habia necesidad de defenderse, desafiando la pujanza del tirano. He aquí por que los héroes de esta terrible lucha deben ser considerados como los de la insurreccion, que deben en sus tumbas descansar muy satisfechos del pueblo mexicano, que supo imitarlos. Ellos, si pudieran levantar las pesadas losas que guardan sus cenizas al ver á la generacion presente, la bendicirian indudablemente y volverian tranquilos á la eterna mansion de los justos, como el padre que viendo feliz á su hijo no se impacienta por su porvenir. Por esto no puede ponerse en duda, conciudadanos, que á Hidalgo, á Morelos y á todos los padres del pueblo se les debe el triunfo de nuestra causa, porque ellos eran un espejo en el que se reflajaban las grandes figuras de Zaragoza, de Escobedo, de Diaz, de Treviño, de Naranjo, de Arteaga, y de tantos otros campeones, que se han distinguido en esta lucha y por esto al saludar con víctores los nombres de estos patriotas, recordamos con orgullo tambien á Hidalgo, Morelos, Aldama, Rayon, Guerrero, y todos los héroes de nuestra primera independencia.

Ya tenemos, pues, conciudadanos, dos grandes ejemplos de lo que vale el pueblo que defiende sus derechos y su existencia, tenemos tambien modelos de heroísmo que imitar, y no necesitamos mas que procurar la union entre todos los buenos mexicanos y seremos fuertes y felices; y si alguna vez la patria por desgracia se viere amenazada de muerte por un tirano que pretenda ultrajar sus derechos y arrebataranos nuestra soberanía, no tendremos mas que recordar los ilustres nombres de Hidalgo y de Morelos, de Zaragoza, de Escobedo y Treviño, y México se salvará. México será feliz y respetada como merece, siendo una de las primeras naciones del Globo. ¡¡Viva la Independencia Nacional!! ¡¡Vivan los héroes que nos dieron patria y libertad!! ¡¡Vivan los que supieron reconquistar nuestra soberanía é independencia!!—DJE.

  
*del arrogante y bárbaro Napoleon III y  
nuestros valientes supieron arrojar  
a la Victoria inmarcesibles lan-  
zos dejando burladas las esperanzas*



**DISCURSO**

PRONUNCIADO

POR EL CIUDADANO LICENCIADO

**SIMON DE LA GARZA Y MELO**

EN EL TEATRO DEL PROGRESO

LA NOCHE DEL 15 DE SETIEMBRE DE 1870.

MONTEREY.

IMPRESA DEL GOBIERNO,  
*á cargo de Viriano Flores.*

1870.